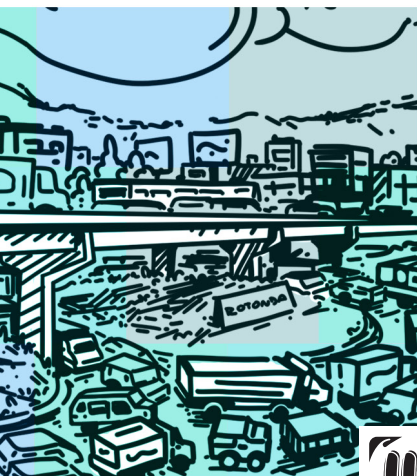




DESIGUALDADES Y...

CENTROAMÉRICA

Mateo Jarquín



DESIGUALDADES Y...



CC.CRAI.UCR - CIP/046

Nombres: Jarquín, Mateo, autor.

Título: Centroamérica / Mateo Jarquín

Descripción: Primera edición | San José, Costa Rica :
Ediciones Instituto de Investigaciones Sociales, 2025

51 páginas | Serie Desigualdades y ..., n°13

Identificadores: ISBN: 978-9968-861-45-8 (pdf)

Materias: LEMB: Centroamérica | Universidad de Costa Rica |
Desigualdades | Reflexiones críticas | Ciencias Sociales.

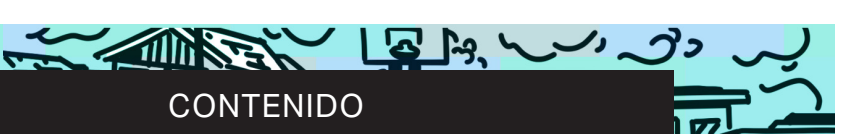
Clasificación: CDD, 303.4 | Thema J-

La distribución de esta publicación está protegida bajo la licencia

Creative Commons BY-NC-ND 4.0 Internacional

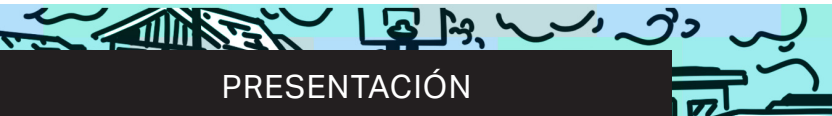
(Atribución-NoComercial-SinDerivadas)





CONTENIDO

Presentación	5
Centroamérica	11
Centralidad...marginalidad.....	23
Ruptura con el pasado.....	31
El peso simbólico de Centroamérica	37
Punto final...por ahora.....	43
¿Quiénes somos?	47



PRESENTACIÓN

Cuando escuché la conferencia de Mateo Jarquín en el cierre del congreso *Excepcionalidad en duda: Costa Rica en la Centroamérica del 2025*, quedé profundamente conmovido y emocionado en varios sentidos. Primero, por su elocuencia y capacidad de oratoria, lo cual logró transportarnos a una época clave en la historia de nuestra región. Y segundo, porque logró transmitir esta sensación incómoda de olvido con la que cargamos quienes nacimos en Centroamérica, cada vez que interactuamos con alguna persona del resto del continente americano.

La experiencia de que Centroamérica no existe es tan real y cotidiana, que recordar los momentos en los que la región estuvo presente en las esperanzas de una generación completa en todo el mundo, es de gran vitalidad.

Como bien señala Mateo, la mayoría de quienes vivimos en la región no vivimos directamente el conflicto armado y el proceso revolucionario de las décadas de 1970 y 1980. Yo mismo nací en 1986 en la ciudad de San José, y las historias sobre esa época me llegaban por la vía oral en conversaciones con familiares y amistades.

Mi primer encuentro con Nicaragua y la lucha contra Somoza llegó a mí a través de susurros, ese tipo de conversaciones en un almuerzo familiar de domingo, que se decía en voz baja para que el resto de la mesa no escuchara.

EL COSTO DE UNA VIDA DIGNA EN COSTA RICA

Fue mi abuelo paterno quien más me habló del tema, por su simpatía personal con el movimiento popular que obligó a la familia Somoza a abandonar Nicaragua. Si bien este apoyo inicial luego se transformó en una distancia abrupta por diferencias con el liderazgo del proceso revolucionario y algunas diferencias comerciales vinculadas al negocio editorial.

Mi segundo acercamiento al proceso revolucionario en Nicaragua vino de las experiencias de los padres y madres de mis mejores amigos en el colegio. En su juventud, estas dos familias habían sido militantes de izquierda y parte de las redes de solidaridad con el país vecino que atravesaban toda Costa Rica. Desde las universidades, pasando por hospitales, casas de seguridad, eventos culturales y fincas agrícolas, una gran cantidad del pueblo costarricense se involucró en pequeñas y grandes acciones.

Finalmente, cuando decidí estudiar Ciencias Políticas en la UCR, estos acercamientos con Nicaragua se profundizaron y expandieron al resto de la región. El encuentro directo con la generación que había luchado en el país vecino, pero también en Guatemala y El Salvador, me permitió conocer valiosos testimonios de solidaridad y también de desilusiones.

Esta relación entre memoria, testimonio y formación académica fortaleció mi interés por cursar la maestría centroamericana en historia, tomando como eje

la experiencia de los sectores subalternos y sus luchas históricas en la región.

Con este bagaje, años después pude trasladarme a Brasil para cursar un doctorado en historia social, desarrollando una tesis sobre el movimiento obrero centroamericano. Mi objetivo era distanciarme del nacionalismo metodológico e ideológico costarricense y reflexionar sobre varias iniciativas de asociación regional, continental e internacional.

El principal desafío en este proyecto no fue la investigación en sí misma, sino el profundo desconocimiento que existe en el Cono Sur, especialmente en Brasil, sobre Centroamérica. Gran parte de mis seis años de estudios, estuvieron atravesados por un constante ejercicio de reinención de mi identidad nacional y regional, en búsqueda de algo que me permitiera dialogar con mis pares.

Para lograr esto, debía acudir constantemente a la industria cultural y al turismo como herramientas para intentar explicarles a las personas que existían siete países entre México y Colombia. Lo más habitual era confundir a Costa Rica con Puerto Rico o creer que el istmo centroamericano era parte de México o una colonia de Estados Unidos.

Lo que más me sorprendía de este desconocimiento era que esto era muy común entre personas académicas y sobre todo en el campo de la historia. Las

pocas veces en las que una persona en Brasil conocía de Centroamérica era por el turismo o porque había sido algún militante de izquierda activo en las décadas de 1970 y 1980.

Con este breve recorrido personal, quiero motivar a las personas que leen este texto a reflexionar sobre sus reencuentros y olvidos con la región Centroamérica. Y espero que en este ejercicio, encontremos algunas claves que nos permitan colectivamente ser protagonistas del presente y el futuro de nuestra región.

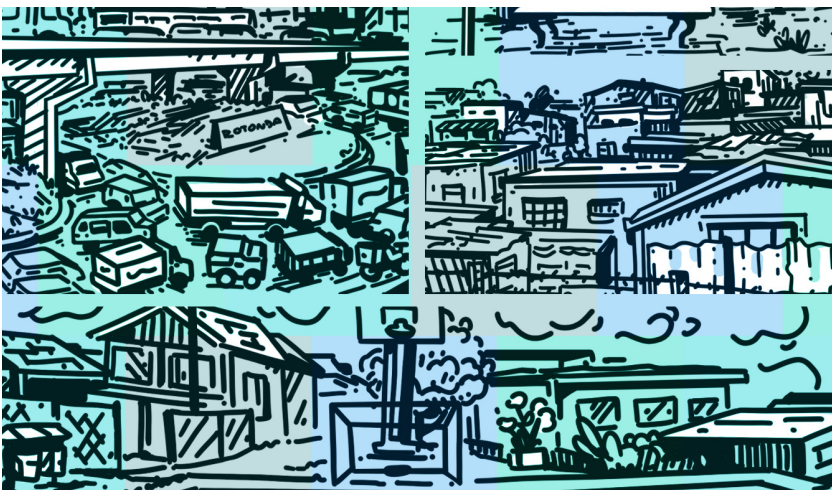
Creo que el valor de la historia está justamente en abrir el pasado a una gran variedad de posibilidades y en vivenciar, aunque sea de forma indirecta, las esperanzas y desilusiones de otras generaciones. Espero que las palabras de Mateo Jarquín que vienen a continuación, les provoquen estas inquietudes.

José Julián Llaguno Thomas
Octubre del 2025



NOTA

Este texto es una adaptación de la conferencia de clausura presentada por el Dr. Mateo Jarquín, en el congreso “Excepcionalidad en Duda: Costa Rica en la Centroamérica del 2025”, que se llevó a cabo del 14 al 16 de mayo de 2025 en la Universidad de Costa Rica, en San José, en celebración del 50° aniversario del Instituto de Investigaciones Sociales.





CENTROAMÉRICA

Cincuenta años. La realidad política centroamericana de aquel entonces era muy distinta a la que hemos conocido en el siglo XXI. A diferencia de muchas personas investigadoras, yo no estuve ahí, pero soy historiador y antes de formarme profesionalmente en esa disciplina, **llegué a conocer ese pasado reciente de Centroamérica a través de las anécdotas de mis padres.**

Hace cincuenta años, en 1975, mi padre estaba por cumplir 30 años. Poco antes había regresado a Nicaragua proveniente de Chile. Él había sido dirigente estudiantil en la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua, pero, por presiones políticas durante la dictadura somocista, tuvo que interrumpir sus estudios y continuar su carrera en el exterior. Fue así que “cayó parado” en Santiago de Chile, donde se unió a un núcleo de nicaragüenses que se formaron durante los gobiernos de Frei y Allende. Allí se licenció en Derecho y empezó una maestría en economía política, pero desgraciadamente se interrumpieron por segunda vez sus estudios, esta vez por el golpe de Estado de Pinochet en 1973.

Era otro mundo comparado con el de los años noventa o 2000. No solo predominaban gobiernos en Centroamérica que habían llegado al poder sin haberse legitimado en ningún tipo de proceso electoral, sino que varias de las democracias más antiguas de Suramérica estaban colapsando en esos años.

Nuestros padres y abuelos, por tanto, crecieron en un mundo donde el autoritarismo era pasado, presente y parecía ser futuro.

Mi madre, también nicaragüense, sufrió en 1978 un golpe que la marcaría para siempre: el asesinato de su padre, el periodista y dirigente opositor, Pedro Joaquín Chamorro. Era una época en la que organizarse o practicar política opositora implicaba riesgos mortales para las personas centroamericanas.

Ambos, mi madre y mi padre, se involucraron en el proyecto revolucionario del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Creyeron de corazón que el problema en Nicaragua no solo había sido la dictadura, sino la pobreza, la desigualdad y la marginalización de vastos sectores de la población.



El 11 de septiembre de 1973

El golpe de Estado en Chile derrocó al gobierno de la Unidad Popular, encabezado por Salvador Allende. Ese día, las Fuerzas Armadas, lideradas por el general Augusto Pinochet, bombardearon el Palacio de La Moneda. Allende murió durante el asalto. El hecho marcó el inicio de una de las dictaduras más largas y represivas de América Latina.



El proyecto revolucionario del FSLN

Fundado en 1961, el FSLN tomó su nombre de Augusto César Sandino, líder antiimperialista que combatió la ocupación estadounidense en los años 30. Se consolidó como una organización guerrillera que luchó contra la dictadura de la familia Somoza en Nicaragua.

El 19 de julio de 1979, el FSLN derrocó a Anastasio Somoza Debayle y puso fin a más de 40 años de dictadura dinástica. Fue uno de los movimientos revolucionarios más emblemáticos de América Latina, con gran apoyo popular y resonancia internacional.

El FSLN buscaba transformar a Nicaragua a través de la redistribución de la tierra, la alfabetización masiva, la ampliación de la salud pública y la reducción de las desigualdades sociales. El proyecto combinaba nacionalismo, socialismo y democracia participativa, en tensión constante con la dinámica de la Guerra Fría.

Desde el triunfo del FSLN, el gobierno de Estados Unidos consideró a Nicaragua un peligro en su “patio trasero”. Durante los años 80, financió y entrenó a la *Contra*, una fuerza armada que buscaba desestabilizar al gobierno sandinista, generando una guerra civil que marcó al país.

A ellos no les parecía descabellado, al menos en ese momento, que un gobierno revolucionario, liderado en el más alto nivel por jóvenes, pudiera transformar el *statu quo* del país, corregir todas las injusticias históricas de un día a otro, o que Nicaragua –país entonces de tres millones de habitantes, uno de los más subdesarrollados del continente– incluso sirviera de ejemplo para el resto del mundo.

Por lo tanto, **los años setenta y ochenta también fueron una época de sueños desbordados**, de grandísimas ideas, de la sensación de que todo era posible, no solo en Nicaragua sino también en El Salvador, Guatemala, Panamá... en toda América Central.

La Revolución sandinista tuvo un desenlace profundamente ambiguo. Por un lado, con la derrota electoral del FSLN en 1990, se puso fin al proyecto revolucionario de redistribución de la riqueza y de reconfiguración de los valores básicos de la sociedad, de la creación del “hombre nuevo” y la “mujer nueva”.

Sin embargo, por otro lado, la izquierda sobrevivió como fuerza política significativa en un nuevo escenario, el escenario electoral, y no hubo una restauración del antiguo orden somocista. Esa ambivalencia se puede trasponer a Guatemala y El Salvador también. Carlos Vilas, en su análisis

clásico sobre Centroamérica en la segunda mitad del siglo XX, escribió lo siguiente:

“con los Acuerdos de Esquipulas y las transiciones a la democracia –después de décadas de revolución y contrarrevolución e intervención extranjera– **los centroamericanos llegaron a una situación extraña en la que ningún bando logró imponerse militarmente y todos podían sentirse desencantados:** las fuerzas de izquierda no lograron consolidarse en el poder ni construir el futuro de justicia social que imaginaron, y los sectores conservadores tampoco lograron evitar las reformas democráticas ni restaurar por completo el pasado”.¹

Yo nací después de todo esto, en 1991. De hecho, la gran mayoría de nosotros nacimos después de todo eso; en casi todos nuestros países, salvo Costa Rica, la edad media no supera los 30 años. Por tanto, son relativamente pocos las personas centroamericanas que hoy pueden decir que vivieron las dictaduras del siglo XX, las revoluciones de los años ochenta o las contrarrevoluciones que estas engendraron.

¹ Carlos Vilas, *Mercado, Estados y Revoluciones: Centroamérica 1950-1990* (Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, 1994).

Mi generación centroamericana fue la del “fin de la historia”.² Crecimos, a diferencia de nuestros padres, en un mundo de elecciones regulares, casi nunca impugnadas por fraude, con alternancia en el poder, de relativas libertades públicas, y donde nos inculcaban, con el fervor ideológico de la posguerra fría, que todos los países del mundo transitarían, tarde o temprano, hacia la democracia electoral.

Mi generación también fue una generación pos-revolucionaria. Las revoluciones de antaño eran omnipresentes. En muchos de nuestros países –pero sobre todo en Nicaragua– crecimos rodeados de los símbolos de los proyectos utópicos de la década anterior: los eslóganes, las canciones y los murales eran parte imperdible del paisaje urbano. **Ya no había lucha armada en nuestra América Central, pero la iconografía y la cultura política de las revoluciones seguían pesando.**

A la vez, habían sido, citando a Edelberto Torres Rivas, “revoluciones sin cambios revolucionarios”: en los noventa y 2000 solo quedaban sombras de esa euforia tan característica de los procesos revolucionarios, de la sensación de haber posibilidades ilimitadas

² Francis Fukuyama, “The End of History?”, *The National Interest*, 1989.

para acabar con el atraso y la injusticia.³ Al contrario, nuestras sociedades parecían estar resignadas a la pobreza y a la desigualdad.

También fuimos una generación posguerra. **Interiorizamos desde pequeños la violencia de un conflicto armado que había roto el tejido social; sin embargo, no entendíamos muy bien cuál había sido el propósito de esa violencia.**

Entonces, aunque la mayoría de los centroamericanos no vivimos el capítulo más dramático de nuestra historia, igual cargamos con sus deudas, sus heridas, sus legados. Esa historia nos pertenece y sigue siendo clave para entender los retos del presente. Por eso tantas de las presentaciones en el congreso celebrado en el Instituto de Investigaciones Sociales en mayo del 2025 –Excepcionalidad en Duda: Costa Rica en la Centroamérica del 2025– preocupadas por el presente y el futuro del istmo, hicieron referencia a las guerras y a los acuerdos de paz.

³ Rachel Schwartz, “Cuando la impunidad contraataca: La lucha contra la corrupción y el futuro de la democracia en Centroamérica”, Congreso Excepcionalidad en Duda: Costa Rica en la Centroamérica del 2025, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad de Costa Rica, 14 de mayo 2025; Edelberto Torres Rivas, *Revoluciones sin cambios revolucionarios: ensayos sobre la crisis en Centroamérica*, (F&G Editores, 2011).

En este ensayo quiero profundizar sobre un aspecto de ese drama centroamericano de los ochenta. El año pasado publiqué mi primer libro, una historia del ascenso y la caída de la Revolución sandinista. Los nicaragüenses tienden a recordar esa historia como cualquier pueblo recuerda una revolución; es decir, como **una dolorosa lucha entre buenos y malos, entre luz y oscuridad, que a la vez fue una lucha entre hermanos y hermanas nicaragüenses.**

No obstante, mi libro, además de rechazar los marcos maniqueos, analiza la revolución en contexto regional y mundial, y se basa en fuentes históricas no solo de Nicaragua sino también de Cuba, México, Panamá, Costa Rica y de hecho de todas partes del mundo.⁴

¿Por qué? Una de las razones deriva del hecho de que yo viví la mayoría de mi niñez fuera de Nicaragua. Siendo un niño en Estados Unidos en los años noventa, yo estaba muy consciente de venir de un país chiquito, subdesarrollado, de poca incidencia en el mundo, que no salía en la tele, y que era desconocido para mis compañeritos gringos: no era tan raro que me preguntaran si Nicaragua quedaba en África.

⁴ Mateo Jarquín, *The Sandinista Revolution: A Global Latin American History* (University of North Carolina Press, 2024).

Sin embargo, con el tiempo hice un descubrimiento: las cosas no siempre habían sido así. Es más, me enteré de que una década atrás, **había existido una verdadera obsesión con Nicaragua en Estados Unidos y Europa, en el norte global. La guerra en Nicaragua había inspirado enormes pasiones en Estados Unidos y de hecho se había convertido en una pieza clave en la política no solo exterior de ese país sino de su política electoral y legislativa.**

En los años ochenta, todos sabían donde quedaba Nicaragua. Siempre me pareció curioso que los sandinistas fueran tan conocidos en el extranjero –que hubieran revolucionado tanto la política internacional– a pesar de que claramente habían tenido dificultades para lograr una transformación social, revolucionaria, en su propio país.

También Guatemala, El Salvador y Honduras... en realidad toda la región atrajo en esos años una atención diplomática, cultural, periodística y académica como nunca antes. Estabamos de moda en los años ochenta, o como muy bien lo dijo Jorge Vargas Cullel en una intervención en el congreso anteriormente mencionado, Centroamérica “se veía muy guapa” en el plano internacional.⁵

⁵ Jorge Vargas Cullel, “Democracia, autoritarismo y cambio social en Centroamérica”, Congreso Excepcionalidad en Duda, 15 de mayo del 2025.

Consideremos, entonces, algo importante que sucedió en los últimos 50 años transcurridos desde la fundación del Instituto de Investigaciones Sociales: **nosotros vivimos** –de manera abrupta, y para bien o para mal– **un giro vertiginoso. Pasamos de la relativa oscuridad en la política internacional al primer plano mundial. Y, luego, con la misma velocidad, regresamos al olvido.** Todo esto ocurrió en el espacio de una sola generación.

Mi punto de partida es un libro lindísimo del historiador costarricense Víctor Hugo Acuña. En *Centroamérica: en sus mundos y en el mundo*, Acuña observa que la historia de Centroamérica está marcada por una paradoja. Por un lado, es una región con una evidente “importancia geoestratégica”, pero, por el otro, esa importancia contrasta con su “condicional marginal global”.⁶ En otras palabras, América Central tiene la cualidad histórica muy particular de ser central (valga la redundancia) y periférica al mismo tiempo.

El propósito de este ensayo es analizar las razones de ese fenómeno y ver cómo se manifestó durante la crisis centroamericana de los años ochenta y en su desenlace. Como veremos, en algunos aspectos hubo continuidad durante los últimos 50 años; en otros, ruptura.

⁶ Víctor Hugo Acuña Ortega, *Centroamérica: en sus mundos y en el mundo* (Editorial Arlekin, 2023), 61.



CENTRALIDAD...
MARGINALIDAD...



Centralidad por un lado, marginalidad por el otro. Lo primero, la “centralidad” de nuestra región, proviene de su posición geográfica. El istmo separa dos océanos, lo que, como sabemos, le ha dado un inmenso valor comercial y militar para las grandes potencias de los últimos siglos. Además de unir mares, Centroamérica también une territorios. Ha sido, desde siempre, un puente terrestre entre dos bloques continentales: en la época precolombina, conectó a los pueblos de Mesoamérica y Sudamérica; hoy, ha cobrado nueva relevancia como ruta de tránsito hacia al Norte, tanto para el narcotráfico como para migrantes de todas las esquinas del mundo.

Sin embargo, como muy bien señala Acuña, “a pesar de estar en el centro y a pesar de no ser un mundo aislado”, América Central “no tiene un gran peso” en el sistema internacional, ni en lo demográfico, ni en lo político, ni en lo económico. “Desde los tiempos coloniales”, agrega, “los centroamericanos” hemos sufrido “una sensación de invisibilidad”.⁷ La marginalidad se ha manifestado de muchas maneras: la falta de integración de nuestros países después de la independencia; la fragilidad interna de cada Estado, los nacionalismos excluyentes y, desde luego, en el subdesarrollo socioeconómico.

⁷ Acuña, *Centroamérica: en sus mundos y en el mundo*, 44.

Esta combinación peculiar de centralidad y marginalidad ayuda a explicar la desproporcionada influencia extranjera –especialmente la de Estados Unidos– en los asuntos centroamericanos a lo largo de la historia, incluso en comparación con otras partes de América Latina. Un ejemplo ilustrativo es el de las rutas interoceánicas. En la política nicaragüense de mediados del siglo XIX, se sentía la fuerte influencia de grupos empresariales norteamericanos que buscaban controlar la lucrativa vía que transportaba pasajeros desde la costa este de Estados Unidos hasta California, donde vivo yo ahora, pasando por el Lago Cocibolca.

La ecuación es relativamente sencilla: un Estado muy débil, más actores económicos extranjeros con un interés directo en definir quién estaría en el poder... El resultado: una guerra civil que derivó en una guerra regional. Con el tiempo, la preponderancia de los intereses estadounidenses fue tal que, con el fin de controlar la ruta interoceánica, el presidente Teddy Roosevelt conspiró en 1903 para literalmente crear un nuevo Estado centroamericano: Panamá.

Pocos años después, en 1909, Washington marcó un hito en su política exterior al exigir, por primera vez, la destitución de un líder soberano –el de Nicaragua– a través de la infame Nota Knox.



El nacimiento de Panamá (1903)

En 1903, el presidente estadounidense Theodore Roosevelt respaldó activamente la separación de Panamá de Colombia. El objetivo principal era asegurar el control de la futura ruta interoceánica: el Canal de Panamá. Con apoyo militar y diplomático de Washington, se proclamó la independencia panameña y, poco después, Estados Unidos obtuvo derechos exclusivos sobre la construcción y administración del canal, consolidando su influencia en Centroamérica.

Más tarde, además del establecimiento de protectorados de facto en Nicaragua y Honduras, el dominio económico y político de las corporaciones estadounidenses dio lugar a una nueva tipificación del régimen político: **la llamada “república bananera”**. Y en 1954, los servicios de inteligencia de Estados Unidos apoyaron el derrocamiento de Jacobo Árbenz, un golpe de Estado immortalizado por Diego Rivera en su mural titulado, La Gloriosa Victoria.



La Nota Knox (1909)

En 1909, el secretario de Estado de Estados Unidos, Philander C. Knox, impulsó una política conocida como la *diplomacia del dólar*. La llamada “Nota Knox” proponía sustituir la intervención militar en América Central por el control económico y financiero, mediante préstamos y la influencia de bancos estadounidenses. Aunque presentada como una estrategia “pacífica”, en la práctica consolidó la dependencia de la región y reforzó la injerencia de Washington en los asuntos internos centroamericanos

Ese cambio de régimen no solo puso fin a la primavera democrática de Guatemala, sino que –como insinúa Mario Vargas Llosa, en su novela *Tiempos Recios*– fue algo que alteró el destino de toda América Latina en la época de la Guerra Fría. **Estados Unidos no solo ha dominado Centroamérica; como han señalado numerosos historiadores, la ha utilizado como laboratorio para ensayar estrategias y políticas** que luego aplicaría en otras regiones, convirtiendo el istmo en un terreno de prueba para una superpotencia en ascenso.⁸

A primera vista, la crisis centroamericana de los años setentayochenta se puede entender fácilmente como parte de esa tradición. En las décadas anteriores, donde hubo altas tasas de crecimiento económico, pero también crecientes tensiones sociales, las élites tradicionales –como en el pasado– vetaron con violencia cualquier posibilidad de cambio político o social. Esto lo hicieron con financiamiento y asesoría de Estados Unidos para los aparatos represivos, cosa que tenía un objetivo claro: evitar “otra revolución cubana”. Sin embargo, esa misma represión, y el hecho de que dependía directamente de Estados Unidos, terminó fortaleciendo los movimientos radicales y nacionalistas.

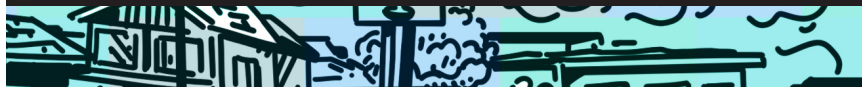
⁸ Vease, por ejemplo: Greg Grandin, *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism* (Holt, 2006).

De hecho, las revoluciones centroamericanas podrían incluso entenderse como una respuesta directa a las intervenciones estadounidenses de inicios del siglo XX. Walter LaFeber, uno de los grandes historiadores de la política exterior de Estados Unidos, planteó precisamente este argumento en su libro *Revoluciones inevitables*. Según LaFeber, **al alinearse con élites y empresas que se oponían a cualquier forma de cambio social o de institucionalidad democrática, Estados Unidos contribuyó a cimentar desigualdades que, con el tiempo, terminarían por explotar en las insurrecciones de finales del siglo** en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Y por eso su carácter antiamericano tampoco fue coincidencia; estaba predestinado.⁹

⁹ Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America* (New York: Norton, 1983).



RUPTURA CON EL PASADO



Sin embargo, yo sostengo que **la crisis de los años ochenta marcó una ruptura con el pasado: un cambio modesto pero significativo en la historia de la relación entre nuestra región y el mundo.**

Para comenzar, el nivel de importancia que adquirió Centroamérica para el pueblo estadounidense fue sin precedentes.

William Walker, por ejemplo, fue famoso en su época, pero no alcanzó la notoriedad del teniente coronel Oliver North, una figura clave en la política de apoyo militar a la contra en Nicaragua y principal protagonista del escándalo que estalló después.

Ningún presidente estadounidense se preocupó tanto por la región como Ronald Reagan, quien le dedicó más discursos a Centroamérica que a cualquier otro tema de política exterior durante su mandato. Los sandinistas se volvieron infinitamente más conocidos que el propio Sandino. Y la política de apoyo militar a la contra y al ejército salvadoreño generó un movimiento antiguerra en las universidades, cuyo único precedente, hasta ese momento, había sido la guerra de Vietnam. En otras palabras, en términos de su presencia en el imaginario político de la población norteamericana, Centroamérica había pasado a otra dimensión.

En segundo lugar, **las dimensiones internacionales del ciclo revolucionario-contrarrevolucionario de los años setenta y ochenta no se limitaron exclusivamente a la intervención estadounidense.** Tampoco fue, a pesar del marco bipolar de la Guerra Fría, solo un enfrentamiento en nuestra cancha entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como lo había sido, por ejemplo, la lucha de influencia entre Estados Unidos y Gran Bretaña en el Caribe centroamericano durante el siglo XIX.

En años recientes, la historiografía de la Guerra Fría ha intentado ofrecer **una visión más multidimensional de ese conflicto. Ahora sostenemos que ese conflicto se desarrolló tanto en el Tercer Mundo como en Washington, Berlín y Moscú,** y las investigaciones ven en las corrientes políticas de África, Asia y América Latina, así como de las conexiones entre estas regiones, actores cruciales en la histórica internacional del siglo XX.¹⁰

El caso centroamericano se presta perfectamente a este nuevo enfoque. Por ejemplo, las guerrillas de izquierda en Guatemala,

¹⁰ Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Modern Times* (Oxford University Press, 2005); Vanni Pettina, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina* (Colegio de México, 2021).

El Salvador y Nicaragua, así como partidos comunistas como Vanguardia Popular en Costa Rica, estaban conectados con redes transnacionales que las vinculaban con movimientos revolucionarios del mundo no alineado y recién descolonizado, en países lejanos como Vietnam y Argelia. Del mismo modo, las dictaduras anticomunistas –como las de El Salvador y Guatemala– dependían no solo de Washington, sino también del apoyo de otros gobiernos del “Tercer Mundo”, como el régimen de Pinochet en Chile o la Junta Militar en Argentina. Esta última jugó un papel decisivo en los inicios de la Contra en Nicaragua. **Incluso el conflicto árabe-israelí también se reflejó en la región:** Israel brindó apoyo a las fuerzas de derecha, mientras que la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) respaldó al gobierno sandinista y se solidarizó con las guerrillas de izquierda en general.

La multidimensionalidad del conflicto también se refleja en el hecho de que Centroamérica llegó a ser un tema central en la política exterior europea. Muchos gobiernos del continente se unieron para repudiar la política militarizada de Reagan –que ellos veían como causa, en vez de solución, de la crisis– e impulsaron iniciativas diplomáticas que buscaban soluciones negociadas. Un ejemplo de esto fue cuando, en 1981, el Gobierno francés emitió un comunicado conjunto con el de México, en el cual se reconocía al Frente Farabundo Martí de El Salvador como beligerante legítimo. Willy Brandt, el excanciller alemán, le dedicó

una enorme parte de su tiempo como presidente de la Internacional Socialista al tema centroamericano. Desde la perspectiva de Estados Unidos, se trataba de un desafío inaceptable a la Doctrina Monroe, tan peligroso (a sus ojos) como la influencia soviética en la región.

La crisis centroamericana dio lugar, además, a una actividad multilateral latinoamericana sin precedentes. Cuando cayó la dictadura de los Somoza en 1979, fue en parte gracias a la intervención en su contra no solo de Cuba, sino también de los gobiernos de México, Panamá, Venezuela y Costa Rica, y a la participación de miles de internacionalistas de todas las esquinas de la región. Para los gobiernos que luego impulsaron el proceso de paz de Contadora, y después el de Esquipulas, **la crisis centroamericana fue una oportunidad** para afirmar su autonomía frente a Washington y rechazar su unilateralismo.

Contadora, por cierto, fue precursora de los procesos de integración y regionalismo que surgirían tras la Guerra Fría, como el Grupo de Río o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Y, claro, la conclusión de las guerras en Nicaragua, Guatemala y El Salvador no se decidió en Washington ni en Moscú, sino en Centroamérica. **Todo esto para decir que las conexiones regionales, transatlánticas y Sur-Sur pesan tanto o más que las superpotencias**

a la hora de explicar cómo y cuándo terminó la Guerra Fría en América Central.

Finalmente, otro aspecto clave fue la movilización de los movimientos de solidaridad internacional con las causas revolucionarias y sociales en Centroamérica. Por ejemplo, el escritor y dirigente sandinista Sergio Ramírez escribió en sus memorias que

“hubo una generación en el mundo que encontró en [Nicaragua] una razón para vivir y para creer, y peleó por defenderla... en una operación de solidaridad que solo tiene paralelo con la que despertó la causa de la República durante los años de la guerra civil española.”¹¹

Sin tomar en cuenta estas dimensiones mundiales, es imposible entender el drama centroamericano de los años ochenta: el triunfo de la revolución armada en 1979, el alcance que tuvo la guerrilla salvadoreña en esa década, o los procesos de paz negociados entre los pueblos centroamericanos. Y todo esto, como señaló el historiador Héctor Pérez Brignoli, representó la primera gran “ruptura” de Centroamérica con respecto a la hegemonía estadounidense.¹²

¹¹ Sergio Ramírez, *Adiós muchachos* (Alfaguara, 2010).

¹² Héctor Pérez-Brignoli, *Breve historia de Centroamérica* (Alianza Editorial, 1985).



EL PESO SIMBÓLICO DE CENTROAMÉRICA



Podemos decir, viendo hacia atrás, que esta fue, más que nada, una ruptura simbólica, la cual nos lleva a una diferencia clave con episodios anteriores de intervención extranjera: **si en el pasado Centroamérica fue codiciada por su valor estratégico u económico, en los años ochenta el peso simbólico e ideológico fue el factor determinante.**

¿A qué nos referimos? En primer lugar, a que la política estadounidense en Centroamérica fue totalmente desproporcionada con respecto a los intereses reales de ese país en nuestra región. Un gobierno aliado con Cuba y la Unión Soviética en Nicaragua –uno de los países más empobrecidos del hemisferio– no amenazaba, en términos reales, la seguridad nacional de Estados Unidos. Tampoco se podía decir, por ejemplo, que la economía estadounidense dependiera del resultado de las guerras en El Salvador y Guatemala.

No obstante, bajo la lógica de la Guerra Fría, la consolidación de las fuerzas políticas afines al socialismo era inaceptable *independientemente de las consecuencias prácticas*, especialmente en el “patio trasero” de Estados Unidos. Además, para Reagan, la lucha en Centroamérica –como la invasión de Granada en la misma época– era una oportunidad de “exorcizar” el fantasma de la derrota en Vietnam.

Cuba sí tenía objetivos importantes en El Salvador y Nicaragua, pero los altos mandos de la Unión Soviética asumieron un costoso compromiso en Centroamérica con pocos beneficios tangibles en mente. Moscú nunca planteó, por ejemplo, construir bases militares en Nicaragua ni convertirla en un bastión estratégico. Países como Bulgaria y la República Democrática Alemana apoyaron al Gobierno sandinista, a pesar de que sus intereses vitales no estaban en juego. Para el bloque soviético, respaldar a los sandinistas y a otras fuerzas revolucionarias era un *símbolo* de su compromiso con los movimientos de liberación del Tercer Mundo, en un momento en que la URSS competía con la República Popular China por el liderazgo en esa esfera.

El indudable romanticismo que existió –y que sigue existiendo– en torno a las revoluciones centroamericanas está ligado a la esperanza de que representarían un nuevo modelo revolucionario aplicable en otras partes del mundo, uno que no quedara atrapado en la rigidez de la Guerra Fría ni degenerara en el autoritarismo de otras revoluciones de izquierda.

Ese último punto es especialmente curioso cuando se pone en contexto histórico. La política de nuestros países, tan “pequeños” en términos económicos, territoriales o demográficos, adquirió dimensiones enormes –incluso planetarias– en estos años.

EL COSTO DE UNA VIDA DIGNA EN COSTA RICA

Centroamérica dejó de ser tan marginal y los centroamericanos perdieron parte de su invisibilidad.

Las revoluciones centroamericanas, por ejemplo, dejaron una huella indeleble en la contracultura global. Activistas indígenas como Rigoberta Menchú transformaron el discurso de los derechos humanos, al cambiar paradigmas sobre justicia, opresión e identidad cultural. Mediante los procesos de paz, los estadistas centroamericanos reivindicaron la capacidad de la región para generar sus propias soluciones políticas a sus propios problemas.

Al mismo tiempo, creo yo que la carga simbólica de Centroamérica en esta época también explica la extrema letalidad de sus conflictos armados. Más de 300 000 muertos, más de un millón de desplazados, economías devastadas.¹³ De haberse tratado de un conflicto por el control del comercio, de las rutas interoceánicas o del número de bases militares en la región, el número de víctimas seguramente habría sido mucho menor.

Esto se refleja en **la abrupta desaparición de Centroamérica del radar global en los años noventa**. Si Centroamérica realmente

¹³ John H. Coatsworth, "The Cold War in Central America, 1975-1991", in *The Cambridge History of the Cold War* (Cambridge University Press, 2010), 201-222.

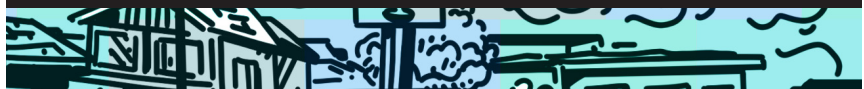
era –como dijo la embajadora de Reagan ante Naciones Unidas– *“the most important area in the world”*, tal vez se le habría dado seguimiento. Sin embargo, no hubo grandes proyectos de reconstrucción internacional para los antiguos campos de batalla de la Guerra Fría.¹⁴

Para los pueblos centroamericanos que vivieron, primero, el repentino protagonismo de la región en el escenario mundial y, luego, su abrupto ocaso, la experiencia seguramente fue desorientadora. La mayoría de la población actual, como les mencioné, nació después. Para nosotros –para ellos– acostumbrados a la relativa ausencia de la región en los titulares mundiales, seguramente es difícil imaginar hasta qué punto la política centroamericana fue internacionalizada en la época de sus padres y abuelos. En este sentido –en el sentido de la prominencia de Centroamérica en la agenda internacional– **nuestro mundo es muy diferente al de nuestros abuelos.**

¹⁴ James Nelson Goodsell, “Central America: fire in the ‘front yard’?”, *The Christian Science Monitor*, 12 de febrero 1982.



PUNTO FINAL...
POR AHORA



Para ir cerrando, vale la pena que reflexionemos sobre eso y plantearnos si ese cambio fue algo bueno o no para la región. En 1987, en su discurso al aceptar el Premio Nobel por su liderazgo en el proceso de paz centroamericano, el entonces presidente Óscar Arias Sánchez pidió que las grandes potencias dejaran de intervenir en nuestros asuntos, que dejaran que los pueblos centroamericanos decidieran el futuro de Centroamérica. “En nombre de Dios” –o algo así, dijo–, “déjennos en paz”.¹⁵

Y más o menos algo así sucedió. Hasta cierto grado, la intervención extranjera y la polarización ideológica de la Guerra Fría habían determinado, o al menos exacerbado, las guerras civiles de los años setenta y ochenta. Nadie quiere volver a eso. Desde que terminó esa coyuntura, nuestra región no ha sido importante para la política exterior norteamericana; cuando en Estados Unidos se piensa en Centroamérica, se piensa en migración, y eso los norteamericanos lo ven fundamentalmente como un tema doméstico.

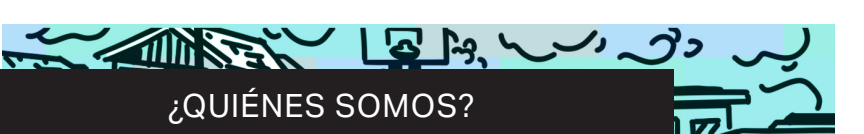
Sin embargo, consideremos lo siguiente: **en la posguerra fría, en los años cuando ya no hubo obsesión mundial con**

¹⁵ “Oscar Arias Sánchez’s Acceptance Speech, on the occasion of the award of the Nobel Peace Prize in Oslo”, 10 de diciembre de 1987: <https://www.nobelprize.org/prizes/peace/1987/arias/acceptance-speech/>.

Centroamérica, la violencia no se fue: se transformó. Y por otro lado, la transición hacia democracias electorales no estuvo acompañada, en la práctica, por una mejoría visible en los indicadores de pobreza y desigualdad. Y, claro, como hemos visto a lo largo de este congreso, las conquistas políticas de la posguerra como la libertad de prensa, el Estado de derecho y una sociedad civil floreciente se han ido perdiendo.

Por eso, cuando se conmemoró el bicentenario centroamericano hace unos años, muchas personas analistas coincidieron en que estamos viviendo la peor crisis regional desde la de los años ochenta. Y no son pocos los que ahora quisieran que el mundo volviera a prestar atención. Es entendible. Esta época de olvido ha resultado tan amable al autoritarismo y a la violencia como lo fue la Guerra Fría.

¿Obsesión u olvido? Viendo hacia atrás, Centroamérica nunca ha aprovechado ninguna de las dos. Viendo hacia adelante, lo cierto es que la investigación social, política y económica en América Central no puede pasar por alto cómo el contexto internacional condiciona, para bien o para mal, las ilusiones y las decepciones de los pueblos centroamericanos.



¿QUIÉNES SOMOS?

Mateo Jarquín

Doctor en Historia por la Universidad de Harvard y licenciado en Historia con honores por Grinnell College. Es profesor asistente de Historia en Chapman University, donde dirige la Maestría en Guerra, Diplomacia y Sociedad. Su investigación se centra en América Latina contemporánea, especialmente Centroamérica, la Guerra Fría y las revoluciones. Es autor de *The Sandinista Revolution: A Global Latin American History* (University of North Carolina Press, 2024) y ha publicado en *The Americas*, *Cold War History* y *Latin American Perspectives*. Colabora como analista y comentarista en medios internacionales y como perito en casos de asilo centroamericanos.

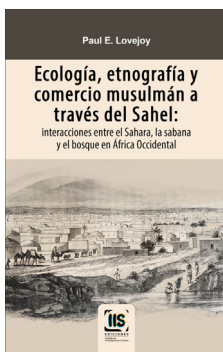
NUESTRAS PUBLICACIONES

Ecología, etnografía y comercio musulmán a través del Sahel:

interacciones entre el Sahara, la sabana y
el bosque en África Occidental

Paul E. Lovejoy;
edición en español
Leidy Alpízar y Rina Cáceres

Los ensayos de este volumen intentan brindar evidencia histórica de algunas de las complejidades de la historia regional africana. Estas experiencias estuvieron fuertemente influenciadas por factores ecológicos y ayudaron a perfilar la etnografía de una vasta región, que comprende actualmente parte de los territorios de los estados modernos de Senegal, Mauritania, Nigeria y Camerún.



<https://iis.ucr.ac.cr/index.php/fuera-de-serie>

Corrección filológica: Gabriela Fonseca A. • Revisión de pruebas: Equipo IIS
Diseño de contenido y portada: Andrés Artavia T. • Diagramación: Amalia Prado C.
Transcripción: Marianella Velásquez B. • Control de calidad: Equipo IIS

